

Autobiografía de un desesperado

Abilio Estévez

CUANDO CONOCÍ A REINALDO ARENAS, UNA TARDE DE FINALES DE 1976, AÚN NO lo había leído. Creo recordar que un compañero de curso en la Universidad de La Habana me llevó al cuarto de Arenas en el hotel Monserrate. No importaba que él tuviera apenas 34 años y que hubiera en torno a su obra un silencio terminante y oficial: ya era célebre. Por aquellos años setenta de mis primeros deslumbramientos, ya el mito Arenas había comenzado. Se decía, por ejemplo, que había llegado a La Habana con un manuscrito lleno de incorrecciones y faltas de ortografía que era, por encima de eso (¿o por eso?), una novela extraordinaria, *Celestino antes del alba*. Ya había estado en prisión, y se agregaba que vivía una vida disoluta, casi marginal, para terminar reconociendo que era un místico de la literatura. Para completar el mito, Lezama Lima y Virgilio Piñera se habían ocupado de él. El primero, para elevarlo con una de sus frases lapidarias: «El soplo del genio no tiene límites, puede llegar a un pastor holguinero». El segundo, dejando de lado su maledicencia característica, agregaba pontífice: «Desde Lezama, no ha habido otro narrador en Cuba hasta Reinaldo Arenas».

El cuarto del hotel Monserrate era mínimo. Unos centímetros menos y nadie hubiera podido vivir allí. El estrecho camastro, la mesa, la máquina de escribir y algunos libros, bastante pocos. Reinaldo estaba acostado y nos pidió excusas, tenía fiebre, una afección a la garganta; la noche anterior había estado delirando por la fiebre y se había levantado a intentar describir su delirio. Como resultado, una nueva novela cobraba forma en la cabeza del escritor incansable.

Después de esa visita, comencé a leerlo. El propio Piñera me facilitó *Celestino antes del alba*, ejemplar de la biblioteca de sabe Dios quién. Más adelante, *El mundo alucinante*, ejemplar de Abelardo Estorino; en la primera página se leía una dedicatoria con letra casi analfabeta: «Para Estorino, dramaturgo y mártir, con el cariño de Reinaldo». Aquella letra dejaba conocer que sabía de Sartre y de Genet.

Piñera, que no podía ocultar la admiración por Arenas, me narró las peripecias del concurso de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), donde él quiso premiar *El mundo alucinante*, a lo que se opuso tenazmente

Alejo Carpentier. Cuando indagué el porqué de arbitrariedad semejante en el hombre que había escrito nada más y nada menos que *El siglo de las luces*, Virgilio sonrió con sabiduría y respondió rápido: «Alejo tiene excelente olfato para saber cuándo se acerca el peligro».

Ahora regresa en las páginas de *Antes que anochezca*. En el esplendor de su horror y prodigio. El libro ha corrido de mano en mano. Los ejemplares de la cuidada Tusquets, edición de apenas dos años, están deshojándose, sin carátulas, las páginas sobadas por el uso. ¿Autobiografía? Sí. No cabe duda. Delirante, exagerada, mentirosa, pero ¿quién puede discutir que ahí está él, de cuerpo entero? El personaje que prefirió para sí. ¿Qué importancia tiene, por ejemplo, que al narrar el sepelio de Virgilio Piñera hable de que «una multitud de personas e incluso de muchachos jóvenes, montados en patines y bicicletas, persiguió el cadáver»? No hubo tal multitud en patines o bicicletas: estuve en el sepelio. Pero al *personaje* Piñera podía seguirlo una multitud de *personajes* en patines o bicicletas, como salidos de su cuento *Concilio y discurso*. No hubo tal multitud: en patines o bicicletas debió haberla. El hecho tuvo lugar, en efecto, gracias a la literatura. En este sentido, revela a un autor fiel a su obsesión. Si en libros anteriores lo veíamos sacar de sí a sus personajes, aquí lo vemos elaborándose a partir de ellos, creando su persona a partir de la ficción.

La relación de vasos comunicantes entre los libros anteriores y esta trágica aventura aparecida con el subtítulo de 'Autobiografía', es de una evidencia notable. Como aquéllos, el libro parece precedido por un epígrafe de *El ser y la nada*: «Mi caída original es la existencia del otro»; o mejor «el infierno es el otro». El *otro* como centro de nuestras vidas, torturador-observador que nos lleva de modo indefectible a la autotortura y la autoobservación. El otro-despiadado que nos hace despiadados-con-nosotros. En este caso, la narración va del reino de la familia al de la historia; del padre desconocido-desaparecido, a la madre-tirana-a-base-de-abnegación-y-dulzura (esquema clásico, delicia de grises freudianos); del otro padre que lo traiciona (el gobernante) a la otra madre (la Revolución Cubana) también tirana a fuerza de maternal, de creer tener las claves e imponerlas, de suponer la eficacia en determinar qué es bueno y qué malo.

Los términos dantescos en que Reinaldo cuenta su vida dentro de la Cuba revolucionaria, ya están entrevistados en las primeras páginas en donde describe la pesadilla de la infancia. A un mal fin no podía corresponder un buen principio. El suicidio estaba previsto en una de las primeras y hermosas frases de *Antes que anochezca*: «El primer sabor que recuerdo es el sabor de la tierra». Sus íntimos cuentan que mucho antes de salir de Cuba, y de que el sida, por tanto, se inscribiera en la historia de nuestro horror, ya Reinaldo hablaba del suicidio como algo seguro, no bien traspusiera el umbral de los 40 años.

Leer *Antes que anochezca* resulta un ejercicio de desenmascaramiento, de catarsis. Por más que trate de engañarnos, termina por revelarse como moralista. El moralismo del que aquí se habla se da por antagonismo. Muy temprano se percató de la batalla; se alistó, por supuesto, en el bando de los solitarios. Y no dio tregua. Tomó el papel de enemigo aún antes de saber dónde

estaban y quiénes eran en realidad los enemigos. Se pertrechó para combatir y combatió hasta el fin con las armas que poseía: la imaginación y la portentosa capacidad para narrar. En cualquier sombra entrevió al enemigo, incluso hasta en los inofensivos y eternos molinos de viento. No podemos pasar por alto que no fue así por simple elección. La vida se le hizo difícil. Le tocó vivir la peor de las intolerancias políticas en la época de los setenta cubanos; sufrir el rigor del exilio (que nadie se merece). Fue acosado, perseguido y vigilado. Como a tantos, se le expulsó del país que le pertenecía por derecho. Resultado: el suicidio, la autoagresión final, la última herejía. Y una obra de la que ya no podemos prescindir si queremos entender un poco a esta Isla terrible. Verdadera o falsa, exagerada o no, nos llega la autobiografía de un desesperado, testimonio de un martirio que no podemos pasar por alto. Libro de un gran fabulador, de los que no permiten el segundo de tregua.

Reinaldo Arenas nos maldice y llegamos a quererlo, como deberíamos amar al demonio que nos salva mostrándonos el espanto de nuestras vidas.

Publicado en *Babelia*, Suplemento de diario *El País*, 28 de febrero de 1998



Carlos Alfonzo. De la serie *Habitual*. (1990)